

lor. ser el sostén de una pobre humanidad que no puede soñar porque está ocupada en calcular y, no obstante cuando más falta hacen sus servicios falla, declarándose lamentablemente en quiebra. Promete lo que a veces no cumple y cumple lo que no ha prometido. Parece más de lo que es y es muy poca cosa. Viste faldas como la mujer y es estéril como la vida de un hombre transcurrida entre el odio y la impotencia. Es seca como el semblante de un castellano y tiene el corazón ardiente como un buen aragonés. Su cabeza es ligera como la de una mujer alegre y su pisada segura como la de un mercader afortunado. Es confidencial como una conjura, como un confesionario, y charlatana como un niño, como un arroyo, como un pájaro. Uniforme en apariencia es proteica en servicio. Nadie puede hablar mal de ella como de una mujer decente, pero también como ella desconoce los elogios — porque nadie aprecia sus constantes trabajos —. Es casamentera como pocas — que lo digan los inviernos de los pueblos —; pero no es buena, no; yo podría contar muchas cosas que han sido posibles, gracias a sus tercerías...

¿Estaba haciendo un elogio? ¡Iba a escribir una reprensión!

FRANCISCO PITARQUE

OLVIDAR

¿Qué color tiene el olvido que no lo sé descifrar?

¿Es color de indiferencia?
¿Tiene color de frialdad?

¿Será un color impalpable que lentamente al llegar adentrándose en el alma nos va ofreciendo la paz?

¿Por qué el olvido se acerca con las horas al pasar?

¿Por qué cruel ¡Ay! va matando lo que no quiero olvidar?

Yo quiero sufrir de amores;
yo quiero sufrir y amar,
pero no quiero el olvido porque no me hace vibrar.

¿Si no me gusta el olvido a qué se empeña en llegar?

MARÍA BLASCO

PLAZUELAS CACEREÑAS

"SAN MATEO"

Por GARCÍA DURAN MUÑOZ

¡QUÉ griterío el de la piedra en San Mateo!... ¡Y qué dulzura—al mismo tiempo—cuando se tiñe del rubor de despedida al beso del ocaso, galán que muere cada día!...

En «Las Veletas», cinco acacias intentan clavar a la memoria de la cantería el recuerdo verde de ribera o bosque; y en lo más pino, como colmillo de granito, el torreón de «Las Cigüeñas» quiere alcanzar las nubes allá en la altura.

Sola y entera, aún desafía los tiempos, como el último guerrero que quedó con vida, mientras que todas sus hermanas—cadáveres de torre, que amortaja el aire—son cementerio de un feudalismo muerto. Es ella sola la que puede peinar su cabellera de almenas y recordar el día en que una reina rubia la desmochara.

Ya no lloran sus lágrimas de flechas las cuencas vacías de las saeteras, ni ríen con su risa de plomo derretido las dormidas barbancas. ¡Ay, pobres torres decapitadas!...

En el centro, una Iglesia que dicen fué Mezquita; y así donde hoy doblan campanas resonaron las voces que desde el minarete invocaban a Alá.

Un misterio cristiano le dan las celosías de un Convento muy pobre que le cubre un costado. Por los otros, la cierran y defienden un montón de palacios, en cuyas fachadas, como vivos sarmientos de historia, gatean y se enroscan las cimbras, las plumas y los motes de los viejos escudos.

Debajo de las piedras, su corazón «Aljibe» guarda un tesoro de agua que calmaba la sed de gargantas resecas en los duros combates; y para darle paz, picotean su regazo una bandada de casitas blancas que fueron en tiempo la Judería.

Oscuras y estrechas, las callejas cercanas recuerdan los tipos de escurridos hidalgos, a los que la luna pone su gorguera blanca.

Detrás de la Iglesia y en la rinconada con la «Casa del Sol», un corro de viejas esquinas comentaban las últimas noticias de Italia, de Flandes... y de un tal Ovando que dicen es Gobernador en Indias.

El Tiempo se ha parado. Se encerró en estos murallones sin dejar que nada cambiase y ni un manchón moderno rompe la gravedad serena de estas piedras. Cuando llegues a ellas, deténte, peregrino; descubre tu cabeza y aunque no sepas rezar, reza. ¡Que tus ojos se abran para absorber historia y piedra, porque en estas plazuelas extremeñas es donde está el secreto corazón de América!